

do otro; no quería el título de rey, quien hubiera llamado la antigua Francia; no quería lo que se llamaba el Imperio romano. Resuélvese que será consagrado y coronado, como lo habían sido los emperadores de los francos antes de los reyes de la Francia.

»Ya no tenía más al presente que hacer sino procurar la intervención de los grandes cuerpos del Estado, para que tuvieran el aire de decidir lo que estaba decidido de antemano.



Una audiencia en tiempo del Directorio

abrigo de las conspiraciones de nuestros enemigos y de las agitaciones que nacían de las ambiciones rivales. Varias de nuestras instituciones os han parecido al mismo tiempo que debían ser perfeccionadas para asegurar para siempre el triunfo de la igualdad y de la libertad pública..... Yo os invito, pues, á hacerme conocer vuestro pensamiento por entero..... Deseo que podamos decir al pueblo francés, el 14 Julio de este año: Hace quince años, que por un movimiento espontáneo, corristeis á las armas; adquiristeis la libertad, la igualdad, la gloria. Hoy, esos primeros bienes de las naciones están asegurados para vosotros y para vuestros hijos.»

»Lo mismo que su hermano Luciano había pretendido poco antes mostrar, cuando el 18 brumario, la renovación del juramento en el Juego de Pelota, el primer Cónsul asociaba, sin embargo, el estable-

»El mismo día, á fin de que tuviera una apariencia de discusión pública la cosa, fué presentada una proposición al Tribunado para el establecimiento del imperio hereditario en favor de Napoleon Bonaparte y de su familia.

»Al otro día por la mañana, el primer Cónsul envió al Senado su contestación oficial con la fecha del 6 germinal: «Vosotros habéis juzgado,—decía á los senadores,—la legitimidad de la suprema magistratura necesaria para poner el pueblo francés al

cimiento de la monarquía imperial al recuerdo de la toma de la Bastilla y presentábase como la revolución coronada, él, que ahogaba las libres instituciones de la revolución.

»Esas audaces imposturas engañaron á las masas populares; quienes tomaron como continuación de la revolución lo que era su destrucción. Esta ilusión, muy pronto fortificada con prodigiosas victorias, no se ha disipado aún después de tantos años y tantas desdichas.

»Mientras que el Senado preparaba su proposición definitiva, un ex-revolucionario, el tribuno Curé, sostenía ante el Tribunado la proposición que había presentado para el restablecimiento de la monarquía hereditaria. Multitud de oradores se inscribieron en pro, entre los cuales, varios de los que habían hecho desde luego alguna oposición. Uno solo habló en

contra; más éste era Carnot. Así justificó haber aceptado asiento en el Tribunado. Presentó, en un discurso tranquilo y digno, una bella defensa de la república. Hizo ver que entre el ejemplo de América y la vuelta al Imperio romano, no era esto lo que se debía escoger. Tuvo poco que hacer para establecer que la creación del Imperio sería todo lo contrario de una garantía de paz.

»El Tribunado dió á una gran mayoría, el voto

para que Napoleon Bonaparte fuera nombrado emperador por sí y para su familia; pero que los derechos del pueblo fuesen al mismo tiempo conservados en su integridad. (13 floreal,—3 Mayo).

»El Senado acogió el voto del Tribunado.—«Como vosotros, ciudadanos tribunos,—dijo el presidente,—queremos elevar una nueva dinastía. Como vosotros, queremos que la igualdad, la libertad, las luces, no puedan jamás retroceder.»



Retirada y saqueo de Venecia por los franceses

»El presidente del Senado era un antiguo miembro del Directorio. François de Neufchâteau; quien procuraba engañarse y engañar á los demás.

»El Senado propuso al primer Cónsul las bases de un nuevo *senatus-consulto* orgánico. El Senado, tomando en serio las palabras de su presidente, había querido desde luego reclamar algunas garantías como precio de su concurso: pretendía obtener el veto sobre las leyes ó actos contrarios al espíritu de las instituciones, y tener la obligación de velar para la libertad de la prensa y la libertad individual. Bonaparte se indignó de un tal atrevimiento y declaró que no sufrirá que el Senado se atribuyera un poder tan «monstruoso.»

»Sometióse el Senado, y el *senatus-consulto*, informado por una comisión de senadores, á los cuales

se asociaron los tres cónsules y los ministros, fué todo lo que quería el primer Cónsul. La dignidad imperial era conferida á Napoleon Bonaparte y á sus descendientes naturales ó adoptivos. A falta de herederos naturales ó adoptivos, pasaba ésta á sus hermanos José y Luís. Luciano y Gerónimo quedaban excluidos por haber contraído matrimonio contra el gusto de Napoleon. Una lista civil de veinticinco millones (que hoy valdrían al menos cincuenta) se atribuía al emperador, con el disfrute de los antiguos palacios reales y los antiguos dominios de la corona. Los «príncipes franceses» (miembros de la familia imperial) tenían además una dotación de un millón cada uno. El nuevo trono fué rodeado de grandes dignatarios llenos de títulos pomposos y suntuosamente retribuidos. Hubo un gran elector,

«el príncipe» José Bonaparte; un archi-canciller de Imperio, Cambaceres, quién con esto dió por terminada su oposición al Imperio; un archi-canciller de Estado, un archi-tesorero, un condestable («el príncipe» Luís Bonaparte), un gran almirante. Al lado de estos grandes cargos políticos y militares reaparecían los cargos de corte á la manera del antiguo régimen: un limosnero mayor, un camarero mayor, un montero mayor (director de las cazas imperiales), un caballerizo mayor, un gran maestre de las ceremonias, un gran mariscal de palacio. Una sola creación sería figuraba al lado de estos personajes de teatro: eran los diez y seis mariscales del Imperio, quienes sustituían á los antiguos mariscales de Francia y quienes formaban al rededor del emperador una nueva aristocracia militar. Casi todo lo que quedaba de los grandes generales de la república tomó puesto en el grupo brillante, cuya gloria servía para cubrir el ridículo de todo el resto.

»En cuanto á las famosas instituciones que debían, siguiendo las palabras de Napoleon, asegurar «el triunfo de la igualdad y de la libertad pública,» se limitaron á algunas modificaciones insignificantes en la reglamentación de los cuerpos del Estado y á la formación, en el Senado, de dos Comisiones encargadas de velar por la libertad individual y la libertad de la prensa. Como correctivo á esta segunda atribución, se sobreentendía que los periódicos quedaban bajo la autoridad de la policía y que el Senado no podía intervenir sino en favor de los libros, lo que no hizo apenas. En cuanto á la libertad individual, no se hacía sino reglamentar la facultad que tenía el Senado, desde el establecimiento del Consulado vitalicio, de decidir si el gobierno podía detener sin juicio á las personas presas bajo acusación de conspiración contra la seguridad del Estado. De hecho, las detenciones arbitrarias del antiguo régimen (cartas-órdenes del rey) quedaban plenamente restablecidas; Napoleon celebraba la toma de la Bastilla, pero restablecía sin ruido veinte Bastillas por una. El Senado no tenía fuerzas para usar seriamente de la prerrogativa que se le concedía.

»El *senatus-consulto* fué presentado al Consejo de Estado, que escuchó la lectura con profundo silencio. Los hombres esclarecidos que componían estos cuerpos, presentían los peligros futuros pero sentían su oposición inútil y se callaban. El *senatus-consulto* fué remitido al Senado, que le votó por unanimidad menos tres votos; estos tres votos fueron, por lo que se cree, los de Gregoire, de Garat y de Lanjuinais, (28 floreal,—18 Mayo).

»Los senadores acudieron á Saint-Cloud, y el an-

tes ex-segundo cónsul, al presente archi-canciller, Cambaceres, llevó la palabra; había aceptado ser el intérprete de la resolución que había procurado impedir. Se hizo perdonar su oposición por el exceso de sus adulaciones; fué, en su arenga, hasta falsificar la historia moderna; en presencia del vencedor de Zurich y del vencedor de Alkmaër, de Masena y de Brune, se atrevió á afirmar que en el momento en que «la Providencia había inspirado al pueblo francés la idea de arrojar en brazos de Napoleon, nuestros ejércitos eran vencidos y que Napoleon había llevado la victoria de nuevo á nuestras banderas.»

»Cuando el Senado proclamó á Napoleon Bonaparte emperador de los franceses, los aplausos, según testimonio de un testigo ocular, el consejero de Estado Miot, «fueron débiles y poco marcados.» El novel emperador respondió, con esta brevedad solemne que afectaba en las grandes ocasiones: «Yo acepto el título que creéis útil á la gloria de la nación. Yo someto á la sanción del pueblo la ley que establece la herencia en mi familia... Mi espíritu no estaría más con mi posteridad el día en que cesase de merecer el amor y la confianza de la gran nación!»

»No hubo por la noche, en Paris, iluminaciones ni demostraciones de ninguna clase. «Parecía, dice Miot, que nadie tomaba interés en lo que sucedía.» El ejército, en contra los rumores que se habían hecho correr, no había estado de ningún modo dispuesto á proclamar el imperio. Estaba aficionado al general Bonaparte á causa de sus grandes triunfos militares; pero el viejo título de emperador, que se tomaba á la historia romana, no decía nada á su imaginación. Este título no se hizo popular sino después de las nuevas victorias de Napoleon.

»El *Moniteur* anunció el restablecimiento de los títulos de «monseñor» y de «alteza» para los príncipes y los grandes dignatarios, y de «excelencia» para los ministros. La denominación de «ciudadano» fué suprimida y la de «señor» restablecida. El emblema de la república, la figura de una mujer en pie, apoyada en una pica coronada del gorro de la libertad, desapareció. Se había propuesto, como emblema nacional, el gallo, que se creía, sin razón, haber sido la insignia de los Galos (su emblema nacional era el jabalí). El emperador escogió el águila romana.

»La república, desde hacía cuatro años, no era más que una vana palabra; la palabra desapareció tras la cosa.

»El hombre que dice ahora como otras veces Luís XIV: «¡El Estado, soy yo!» y que se sustituye

á la Francia, ¿va finalmente á detenerse y á darle descanso? ¿Ha alcanzado su objeto final? ¡No! Una ambición de esta naturaleza no puede jamás ser saciada. «Emperador de los franceses» no era para él un título definitivo. La Francia misma, que de nuevo era la grande Galia hasta el Rhin y los Alpes, no le bastaba. Siempre pensando con el pasado, lo que quiere, es resucitar el Imperio romano, ¡el Imperio de Occidente, y si tenía el Occidente, el de Oriente! Habla siempre del 89; en realidad, no quiere guardar del 89 sino la abolición de lo que quedaba poco antes de la Edad media y lo que puede adaptarse á la vuelta del Imperio romano.

»La paz no era fácil á la República francesa con las monarquías europeas, mas era posible, si la Francia se mostraba firme y moderada, todo á la vez y renunciaba á la propaganda armada. Con el imperio, la paz era imposible. La nueva dinastía va directamente á barrer y á reemplazar las antiguas, y se atacará á las nacionalidades lo mismo que á las familias que gobiernan las naciones; provocará necesariamente la coalición, no solo de los reyes, sino de los pueblos, y atraerá á Francia una catástrofe inevitable. Napoleon no pudo sino retardar, con los prodigios de su genio militar, las consecuencias de sus extravíos políticos.»—E. MARTÍN.

FIN DEL TOMO SEGUNDO

